

averiguado aún si aquel espíritu, porque espíritu al cabo debía llamársele, era bueno ó malo, del cielo ó del infierno.

—No blasfemes, hija mia, exclamó Brígida, no blasfemes por Cristo y su madre: que no sabemos cuándo podrá sorprendernos la muerte y pedirnos Dios cuenta de nuestras acciones y palabras. Si fuese espíritu bienaventurado y angélico, el resplandor de su mirada penetraría á través de las paredes y la fragancia de su aliento embalsamaria los aires. Con ese estruendo, con esos vuelos, siempre entre sombras y tinieblas, espíritu diabólico y no otra cosa es el dichoso duende ó endriago ó fantasma, de cuyas garras nos preserve nuestra milagrosa patrona Santa Margarita.

—Pues yo he hablado, replicó Lucrecia, con nuestro cura y tengo noticia, de las cuales derivo opiniones diversas. No resulta nunca la aparición de los diablos tan ruidosa y de aparato. Estos espíritus tienen demasiada malignidad en su carácter para venir metiendo ruido y asustando á las gentes, con lo cual solo alcanzarían ahuyentar en vez de atraer, perdiendo almas para el infierno en vez de ganarlas. Así, el diablo se aparece, tímido, receloso, humilde, bajo la forma de un simple y bonachon caballero muchas veces, con ánimo de engañar para seduciros y perderos. Francamente, ignoro que es el aparecido hace tantas noches en nuestras cercanías; pero me parece demasiado ruidoso para tan diabólico é infernal como imagináis y aún creéis vosotros.

—Entonces, dijo Guido, ya no hay lugar á duda alguna; ya sabemos quien es el cuitado, espanto de estas cercanías: un alma en pena, sí, en pena de amor, que habiéndose ido ¡infeliz! del mundo por no poder sufrir amargos desdenes, vuelve en pos de una palabra ó de una mirada que lo redima y lo salve y lo eleve desde las llamas del purgatorio á la celeste bienaventuranza.

—Justamente, dijo Lucrecia; en la vecindad hay muchas jóvenes hermosísimas y merecedoras de que cualquier mortal se muera y se pierda por ellas.

—¿En la vecindad?—No las conozco, nadie las conoce. Cuántos vienen, galanes vivos ó almas tristes, al cabo todos penados y afligidos, por estas cercanías, vienen á una en busca de Lucrecia, deseando rendir párias á tanta hermosura, y merecer si no alguna esperanza de segura correspondencia, alguna mirada de tierna compasión.

—Dejadme reirme de esas estudiadas galanterías que repetís al oído de todas las jóvenes, y que no deben salir de corazón muy apasionado, cuando salen tan estudiadas, correctas y primorosas, sin el desórden propio de todas las pasiones.

—¡Ah! Lucrecia! ¿Cómo querer que broten con todo su fuego, si las volveis al centro donde arden, echándoles encima para ocultarlas el hielo de vuestra indiferencia? Mirad, Señora, que en el corazón ha puesto Dios

el espíritu vital en los senos mas recónditos; y en el estómago, donde la alimentación de todo el cuerpo se fabrica, el espíritu natural; y aquí en la frente, casi en los ojos, cerca de la vista, el espíritu mas noble, aquel que recibe las percepciones y produce las ideas. Pues bien, todos esos espíritus, ó todas esas gerarquías de un solo y mismo espíritu, se conmueven y se perturban y desfallecen, cuando os ven aparecer tan hermosa como la hermosura en su esencia.

—Guido, Guido, todo eso pertenece á la escolástica, á la poesía, á un libro de ciencia, á un poema de amor, pero no pertenece al corazón, que si de veras siente, jamás se atreve á decir cosas tales, tan sábias por su fondo, y tan primorosas por su forma. Yo nunca he amado. Dios no ha querido que poseyera mi corazón ningún mortal. Soy joven y no es tarde. Pero nacidas nosotras para el amor, adivinamos lo que no sabemos. Y en verdad os digo que una mirada encendida en la pasión del último oscuro amante, llega mas pronto á nuestro pecho que todos esos distingos y todos esos silogismos.

—Bien sabéis, Lucrecia, que no hablara una palabra quien ahora os molesta y desasosiega con sus impertinencias, si bajarais por breves momentos con atención á su pecho; si viérais que en presencia vuestra no puede odiar á nadie, porque todo su corazón es caridad y ternura; ó si, fijándoos mas en las apariencias, notarais como tiemblan sus párpados, porque vuestra luz deslumbradora los abrasa de igual suerte que la felicidad producida por la contemplación de vuestra persona, abruma tanto nuestro ser, que llega á suprimir la idea y hasta el sentimiento. En fin, Lucrecia, no sé lo que digo.

—Ya lo creo.
—Y este desórden de mi pensamiento debía persuadirlos á creer en la sinceridad de mi corazón.

—Pero, Guido, siempre lo mismo.

—Siempre. Como que no hay modificaciones múltiples, y varias en gran número donde solamente hay una sola sustancia. Y de la sustancia y esencia de mi ser resulta el amor exaltado, eterno, inextinguible que me sostiene y que me abrasa, amor de todo el ser y de toda la vida.

—Pero ya sabéis que no puede haber amor verdadero, sino el amor correspondido. En cuanto pierde la esperanza, pierde el amor la vida. Y yo he jurado no amar. Prefiero al matrimonio el convento.

—Lucrecia, hartos sé por mi desdicha que no me amáis y hartos lo siento mi corazón despedazado. Podeis en buen hora disponer á vuestro arbitrio del albedrío que gozáis como todos los seres humanos, mas no podeis disponer del ageno albedrío, tan libre, tan independiente, tan soberano de sí mismo como el vuestro. No me améis, en buen hora, ya que tan dura á mis quejas os sentís, pero dejad que yo os ame, desde lejos, si preciso fuera, sin deciros ni una sola palabra, sin la esperanza siquiera de volver á hablaros

en estas temerarias frases, perdidas como un vano eco en vuestros ingratos oídos. No creais que este amor lo cultivo y lo guardo por vos, no; lo guardo y lo cultivo por mí, por mí solo. Aunque maldecido por vuestros labios, aunque sin esperanza alguna, todavía me sostiene en la vida y me purifica á los ojos de la propia conciencia. Con él y por él comprendo que he nacido para algo, siquiera sea para padecer y para morir á desdenes. Sin él, no tiene la vida mia para qué ser. Desconocedlo en buen hora, negadlo, heridlo con vuestros menosprecios; lo exacerbareis, lo recrudescereis; pero en esa exacerbacion y en ese recrudescimiento latirá la vida de este amor sin límites. Prefiero que dolores acerbos me avisen de su existencia á la frialdad horrible de la muerte. Padezco, lloro, gimo; pero amo. Y este amor no correspondido es mio, como la sangre de mis venas, como el aire de mi pecho, como la idea de mi inteligencia, y á mí ser tan esencial y propio como el alma misma. ¿Quién puede quitarme la reminiscencia del día que por vez primera os ví? ¿Quién puede borrar de mi mente aquel lugar por mis lágrimas santificado?—Yo he sido un imbécil en pedir ningun género de correspondencia. Despues de todo, no la necesitaba. De mi amor nace mi ánimo, y con el aliento que me inspira, ya me siento fuerte, valeroso, invencible y hasta dispuesto á la muerte, que será como una verdadera bienaventuranza. Yo moriré sin sentir lo que vale el ser amado, pero despues de haber sabido lo que vale el amar. Gústame el objeto de mi amor, si airado, por su majestad; si bondadoso, por su gracia; si triste, por su dulzura; si alegre por su sonrisa, ¿por qué no me ha de gustar desdenoso? Querrá ser mi mal, y séalo en buen hora, pero no podrá evitar que mis labios involuntariamente le llamen bien mio, y dueño mio, y ángel mio, mi vida y mi muerte.

—Vamos, Guido, permitidme deciros que todo eso debe llamarse una disertacion y no un sentimiento.

—Si pudiera arrancarme las entrañas; si pudiera sacar de mi cráneo la conciencia, de mi pecho el corazon, veríais con vuestros propios ojos qué idea única estaba en todo mi sér grabada y qué única pasion vivia y alentaba en toda mi existencia.

—Pero, Guido, no me culpeis, si os digo que no puedo amaros.

—No os culpo á vos; me culpo á mí mismo.

—Pues yo sí la culpo.

Gritó una voz estentórea.

—¡Mi padre!

Dijo Lucrecia.

—¡El Señor!

Añadió Brígida, persignándose de nuevo como solia hacer tantas veces.

—Perdon, padre mio, yo en todo aquello en que puedo obedeceros solamente tengo vuestra voluntad.

Dijo Lucrecia arrodillándose á los piés de su padre.

—Levántate de ahí, desnaturalizada, y no quieras con gestos y palabras justificar tus obras.

—Desde el punto en que un padre habla, solamente le toca á su hija, á su sierva, oír, callar y resignarse. No me defenderé.

—Pues yo la defiendo.

Dijo Guido.

—Callad, pues si vos la defendeis, creeré que no la amais. ¡Defenderla! ¿Cómo? A los diez y ocho años todavía no se ha despertado en su pecho el amor, ó si realmente se ha despertado, lo oculta como pudiera ocultar un crimen á los ojos de su padre. El único galan que la ha requerido, jóven, valiente, buen mozo, la encuentra yerta como el mármol de los sepulcros. Huérfana de madre, no quiere tomar estado, cuando mañana pudiera quedarse huérfana de padre tambien y sola por tanto en el mundo. Y no piensa que Florencia está sujeta á tempestades cotínuas, que nuestro suelo tiembla movedizo é incierto bajo nuestras plantas, que una revolucion puede fácilmente de aquí desarraigarme, y que en tal caso no podria encontrar ni un amparo tan seguro, Guido, como vuestro techo, ni una providencia tan divina como vuestro amor.

—Pero, Buti.....

—No me repliqueis, Guido.

—Pero, Señor.

Dijo Brígida.

—No hables, Brígida, que vas á probar todas mis iras. Su santa madre me ordenó en testamento que vivieras siempre á su lado, y creo que se habrá arrepentido desde el cielo, cuando haya visto la educacion dada á su hija.

—Padre mio, yo os vuelvo á pedir perdon, sí, perdon mil veces. Mandad y obedeceré. Si quereis que me case, yo ni puedo, ni debo, ni quiero resistir á vuestra voluntad; me casaré. Pero sabed que me casaré sin amor. Mas fácil me parece mandar sobre la lejana estrella perdida en lo infinito, que mandar sobre este corazon encerrado en nuestro pecho. Yo le he ordenado con voluntad resuelta que sienta el sentimiento dictado é impuesto por vuestro albedrío y no me ha obedecido, no me ha obedecido. Yo quiero á Guido como debe quererse á un hermano; pero no le amo como debe amarse á un esposo. Mentiria á Dios, mentiria á mi conciencia, mentiria á todas las leyes humanas, si digese que puedo amarle. No, no, no le amo. Pero vos sois mi señor y yo vuestra esclava. Mandad y obedeceré. Decid, despues de haberme oido, que debo casarme, y creedlo, me casaré sin resistencia. Guido, en cuanto mi padre lo mande, resuelta é imperiosamente, soy vuestra.

—Buti, ahora me toca á mí. Despues de haber escuchado cuanto Lucre-

cia ha dicho, yo soy quien debe decidir y resueltamente decidido no aceptar una mano que no me pertenece. Dios solamente inspira esas grandes pasiones, y Dios no ha inspirado pasion alguna hácia mí á vuestra hija. Compañera busco y no sierva; un alma libre deseo y no un cuerpo inerte; sobre su voluntad quiero imperar y no sobre su resignacion y su obediencia. Adios, Buti, yo os agradezco vuestro afecto, pero no puedo aceptarlo. Adios, Lucrecia, enjugad vuestras lágrimas y creed que Guido no volverá á haceros derramar ninguna. Pero estadme atenta; no hay amor sin celos. Yo os perdono; pero no perdonaré jamás al hombre que logre sobre vuestra voluntad el imperio que yo no he logrado. En él, y solamente en él, tomaré venganza de todos mis disgustos y todos mis sufrimientos. En él, y solamente en él, desahogaré mi cólera. Adios, Lucrecia. Amigo Buti, adios. Esta pasion ¡ah! no acaba, esta pasion empieza ahora.

Y Guido, inclinándose con reverencia profundísima, se marchó á la calle, no sin dejar á Buti airado, á Brígida temblorosa y á Lucrecia medio desvanecida al esfuerzo que empleara en decir toda la verdad de cuanto pasaba en su corazon y protestar contra las disposiciones de su padre. Al salir Guido Montaperto se encontró con que las sombras de la noche, llegada á su mitad, se habian espesado mucho, y el resplandor de los faroles, que solian arder ante las imágenes é iluminar las calles, extinguidose por completo. En tal oscuridad iba como á tientas, pues los rayos de las estrellas no atravesaban el espeso nublado que cubria el horizonte, cuando topa con un bulto informe envuelto en manto aún más negro que las tinieblas mismas. El primer impulso de Guido fué requerir su espada, y aún no la acababa de requerir, cuando tenia otra enfrente acompañada de estentórea voz, que le invitaba con imperio á ponerse en guardia y apercibirse inmediatamente á la defensa. Despues no se oyó por algun espacio de tiempo otra cosa más que el choque de los aceros y la respiracion tempestuosa de sus mantenedores. Como el silencio de la noche era tan grande y el rumor de la contienda tan vivo, advirtiéronlo del palacio, y Buti conjuró á sus pajes á que le acompañaran con hachas de viento para interponerse entre los contendientes y acorrer al desvalido. Lucrecia y Brígida no quisieron dejar solo al gefe de la familia y bajaron con él á la calle, trémulas é inquietas. Espesas las sombras, silenciosa la noche, mal alumbrados los austeros edificios por los resinosos hachones; en medio de la calle, dos combatientes, el uno vestido con todo el lujo de la aristocracia florentina, cubierto el otro por negro manto raído que parecia un sudario; á la puerta del palacio, los pajes con sus ricas vestiduras, el caballero Buti con la cabeza descubierta y la espada en la mano; á la izquierda de éste Brígida tocada de oscuros velos, como dueña, y Lucrecia ceñida de velos blancos, como doncella: tal era el cuadro ofrecido por la singular escena. Y no acababan de presentarse, cuando eayó Guido en tierra. La espada de su contrario le habia herido mortalmente.

Buti se lanzó sobre su amigo para socorrerle, despues de haber proferido un grito para que los pajes detuvieran al vencedor. Brígida se cubrió el rostro con las manos y cayó de rodillas diciendo, al ver la negra sombra del misterioso combatiente, que habia visto al diablo. Los pajes, heridos por esta voz angustiosa, en todas direcciones se dispersaron, sin curarse ni de obedecer al amo, ni de auxiliar al herido, ni de seguir al agresor. Y la negra aparicion, cubierto el rostro con una máscara, la cabeza con una capucha, la figura entera con una larga túnica negra, pasó junto á Lucrecia, y mirándola con aquellos ojos profundos y aquella mirada de fuego que tantas veces trastornara el seso á la hermosísima doncella, como si quisiera abrazarla y consumirla, díjole:

—Aunque no me conoces, dígotte que te amo.

Y Lucrecia, atraída, fascinada, fuera de sí, á la virtud magnética y poderosísima de semejante mirar, le dijo:

—Aunque no te conozco, te amo yo tambien.

—Y el fantasma se fué, se paseó algun tiempo por las calles, y antes de que viniera el día se recogió en la zahurda que en el anterior capítulo mencionamos, exclamando: «¡Y ahora voy á entrar en religion y meterme en un convento!»

¿Habrá necesidad de decirlo? El diablo de que tanto se asustara Brígida, no era otro sino Filippo Lippi, ciegamente enamorado de Lucrecia Buti, ante la cual siempre se habia presentado de esa misteriosa suerte, no sin que ella adivinara por la única revelacion de aquel espíritu llegado hasta su espíritu, por la mirada de sus grandes ojos, un voraz incendio de amor en que deseaba abrasarse y consumirse perpétuamente.